

»Si en tí no alcanzan victoria
 hoy de Luzbel los intentos,
 aun para entrar en la gloria
 te faltan merecimientos.

»Tu amor fué una idolatría.
 ¡Sombras del mundo engañosas!
 ¡Ay del que no ama, hija mía,
 á Dios ante todas cosas!

»Si á una luz engañadora
 creíste al mundo tu amigo,
 Dios te destierra á él ahora.
 ¡Duro es, Irene, el castigo!

»¡Por cada esperanza vana
 tendrás desengaños, celos...
 mas sufre, que nadie gana
 sin expiación los cielos!

»Por el ser que fué tu encanto
 vela hasta su hora postrera:
 sigue sus pasos, y en tanto
 padece, Irene, y espera.» —

Y creyendo en su delirio
 estas ilusiones reales,
 despavorida la mano
 tendió hacia Irene al instante,
 y al ver de su tez la nieve
 y de sus ojos el mate,
 fría enmudeció su lengua
 y yerta quedó su sangre,
 desplomándose transida,
 sin dar de vida señales,
 del fruto de sus entrañas
 sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba
 del cuerpo de Irene á alzarse
 una celeste figura
 diáfana, bella, radiante,
 con formas tal vez marcadas,
 pero sin formas bastantes
 con que dar á sus contornos
 ni á sus perfiles carácter.
 Vaga confusión de nieblas,
 de aromas, de luz y de aire,
 que á todas imita, y todas
 carecen allí de parte;
 cuyas esencias son sólo
 las que al espíritu atañen,

y cuyo ser en la mente
 se engendra, alimenta y cabe.
 Fantasma que, concebido
 por un delirio suave,
 siempre á la torpe influencia
 de los sentidos se evade,
 y que brilla abandonado,
 débil, tibio, agonizante,
 como sombra de otra sombra,
 como imagen de otra imagen...

Adiós, alma perdida,
 que con incierto afán y dicha incierta,
 cruzarás dolorida
 la senda de la vida,
 estando ya para los vivos muerta.

No descorras liviano
 el velo que nubló tu afán perdido:
 ten, Irene, la mano,
 porque es el pecho humano
 hueco infernal de víboras henchido.

¡Cuántas sombras amadas,
 consagrando al amor sus verdes años,
 vagarán desterradas,
 de quimeras sembradas,
 cogiendo como tú los desengaños!

Si hallases por el viento
 seres que fueron mi pasada gloria,
 cuéntales mi tormento,
 por el dolor que siento
 al relatar tu plañidera historia.

Dí que sus ayes vanos
 nadie oye aquí, porque los turban luego
 los rumores insanos
 de esos monstruos humanos
 que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
 quieren herir la mundanal conciencia,
 que apaguen sus gemidos,
 porque á muertos y á idos
 sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan sólo yo, viviendo,
 vuestro clamor enamorado escucho.
 ¡Quién me diera á ese estruendo
 corresponder, rompiendo
 la cárcel vil en que afanado lucho!



III

DESENGAÑOS

DON LUIS. — ELVIRA. — EL ALMA EN PENA.

Los pies sobre el pavimento,
 las sienes entre una almohada,
 contra un sofá reclinado
 don Luis de Castro descansa.
 En tal actitud no hay sueño,
 trasgo, ilusión ni fantasma,
 que no nos hiera la mente,
 ó no nos divierta el alma.
 Graves, tristes ó risueñas,
 juntas ó desparramadas,
 se ven circular visiones
 en rápido panorama,
 que ya del hondo sepulcro
 de nuestros recuerdos se alzan,
 ó ya desde un falso oriente
 las aborta la esperanza;
 y por eso se oyen cantos
 que hallan eco en las entrañas,
 y se ven tiernos semblantes
 que fuego en las mismas hallan;
 y todas se miran y oyen,
 y todas en lontananza,
 con rasgos de verdaderas
 y caracteres de falsas,
 como si fuese otro mundo,
 que sostenido en el aura
 va, viene, se agranda ó acorta,
 para, gira, sube ó baja,
 que hastía, alegra ó entristece
 á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,
 y, apareciendo una dama,
 un diálogo de improviso
 ella y don Luis así entablan:

ELVIRA
 ¡Luis!
 LUIS
 ¡Elvira!
 ELVIRA
 Irene ha muerto.
 LUIS
 ¿Ha muerto?
 ELVIRA
 ¡Desventurada!
 LUIS
 ¡Dios la tenga en su morada!
 ELVIRA
 ¿Lo sientes?
 LUIS
 Nó.
 ELVIRA
 ¿Cierto?
 LUIS
 Cierto.

Turbado don Luis sin duda
 por su inquietud momentánea,
 no oyó uno de esos suspiros

que, al resbalar de callada,
parece que de su asiento
el corazón nos arrancan.
Lamentos que á nuestro lado
tal vez quejosas levantan
de algunos seres perdidos
las sombras enamoradas,
que, de un fatal desengaño
la hiel al probar amarga,
sembrando remordimientos,
y doblando nuestras ansias,
acusan con hondas quejas
de nuestra fe la inconstancia.
Ayes sin ruido, que sólo
hieren en su fondo al alma,
que sin pregonar su origen
nacen, crecen, la desgarran;
mas que comunmente ahogados,
del mundo entre la algazara,
como con don Luis ahora
desapercibidos pasan.

LUIS

Siéntate á mi lado, Elvira.
(Lo hizo con rostro halagüeño.)

LUIS

¿Me amas?

ELVIRA

Como á único dueño.
(Por cierto que era mentira.)

ELVIRA

¿En tu memoria no lucha
de Irene el amor perdido?

LUIS

Ni aun recuerdo si ha existido
(¡Ay de su alma si lo escucha!)

LUIS

Sólo sé, Elvira, que quiero,
cuando á tu lado me miro.
(Y aquí sonó otro suspiro
tan hondo como el primero.)

LUIS

Ya sabes que un matrimonio
al morir don Juan, mi tío,
formó, diciendo: — «Luis mío,
dejo á Irene un patrimonio.

»A legártelo me allano,
si con su mano te avienes.» —
— Sí, dije: tomé los bienes;
murió, y olvidé su mano.

Te ví, te amé, y en seguida
de ella apartando la fe,
entretenerla pensé,
y al fin murió entretenida.

Y si soñando ternezas
ya ha muerto, hoy en mis desvelos,
cuantos á Irene dí celos,
pagaré á Elvira en finezas.

Espíritu que, vagando
del torbellino en las alas,
creíste hallar puro el centro
de tus amorosas ansias,
¡oh, cuántas quejas al cielo
contra la doblez humana
elearás, engañado,
en tus dolientes plegarias!
¡Triste Irene, que, encendiendo
de tu corazón la llama,
todos tus dones quemaste
de un falso dios ante el ara,
y condenándote el cielo
por oblación tan profana
á desentrañar el pecho
del ídolo que adorabas,
ves el sagrario vacío,
oyes sus promesas falsas,
tocas tu dios y es un sueño,
tu dicha una sombra vana,
quedando al vaivén funesto
de tu fortuna contraria,
lentos de horror tus recuerdos
falta de luz tu esperanza!
Mas del corazón del hombre
¿cuál otro don esperabas
sino el seductor halago
de engañadoras palabras,
torpes gustos que destruyen,
hiel rebozada con ámbar,
pesares que mienten goces,
y caricias que desgarran?
Ahora, Irene, que en vano
sordos suspiros ensayas,
que nunca á herir el instinto
de nuestras potencias bastan,
busca, alma en pena, pues lloras,
del fiero don Luis el alma,
y atórméntala con celos,
llore con la tuya aunada,
ahogue secretas penas,
víctima de ocultas mañas;
lamente glorias perdidas,
gima tu perdida gracia,

y cúmplanse al mismo tiempo
su venganza y tu venganza.

(Y después que sonrieron,
y uno al otro se miraron,
la plática que empezaron
Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS

¿Y cuándo, á mi ruego, humana
nuestros amorosos brazos
sellarán eternos lazos?

ELVIRA

Cuando tú quieras.

LUIS

Mañana.

De sus estímulos siervo,
viendo la dicha cercana
quiso disfrutarla acaso
don Luis, ahorrando tardanzas,
y estrechando embebecido
de Elvira la mano blanca,
sus ojos voluptuosos
fijó en su frente de nácar,
mientras que ella al turbio brillo
mostrándose fascinada,
entre si quiero ó no quiero,
ora cruel, ora mansa,
ya con candores fingidos,
ya con inquietudes falsas,
tanto se esquivó mañosa,
cuanto se brindó con maña,
creyendo dar á su amante,
en afecciones tan varias,
de su candor claro indicio,
y de su honor muestras claras.
Don Luis redobló su esfuerzo,
y tules venciendo y gasas,
fué poco á poco asaltando
de su hermosura el alcázar;

y ya con torpes arrobos
iba á coronar sus ansias,
cuando esforzándose Elvira
como si un áspid hollara,
con estudiada apostura
cruzó de pronto la estancia,
y exclamó desde la puerta
sonriéndose: — ¡Mañana! —

Quedóse de pie el de Castro,
inmóvil como una estatua,
dulcemente saboreando
de su entonación la magia;
y fomentando en su mente
locuras de la esperanza,
vió un porvenir alumbrado
de siempre risueñas albas,
torpes deseos cumplidos,
luchas de amor coronadas,
fiestas, nupcias, devaneos,
placeres, músicas, danzas,
á cuyo encantado aspecto
dijo con placer: — ¡Mañana!! —

Y luego, como si oculto
algún ser se deslizara,
que en su tránsito absorbiese
los sueños de sus palabras,
tras el conjunto risueño
de amores, bailes y galas,
traslució un mundo, poblado
de ensangrentados fantasmas,
deshechos planes de gloria,
de amor mentidas alianzas,
placeres desencantados,
sangre, cadáveres, dagas...
Y cual si hiriese su frente
el talismán de una maga,
y con pincel invisible
trazase un lema en las auras,
absorto, meditabundo,
llena de inquietud el alma,
con ojos desencajados
leyó con horror: — ¡Mañana!! —